

LA DESGRACIA

Con un bonito vestido azul y un precioso sombrero, venía Margarita del Retiro con su mamá, y todos la miraban al pasar, por dos razones: la primera, porque iba la criatura tan guapa y tan elegante, que daba gozo mirarla; y la segunda, porque iba llorando con una amargura que daba pena verla. ¿Sabéis por qué lloraba Margarita? Pues yo os lo contaré. Un tío suyo, coronel de Caballería, las había encontrado en el paseo y había dicho á la mamá:

—Mira, Julia, esta noche me dejarás llevar la niña al teatro de la Zarzuela.

Margarita se puso loca de contenta; pero su mamá dijo:

—Hoy no puede ser, Luis, porque está un poco resfriada y quiero que se acueste temprano.

Ya podéis figuraros cómo se quedaría Margarita, que ya había consentido en ir con su tío... Así es que la pobre empezó á llorar y decía:

—¡Soy muy desgraciada!

Llegaron á casa, y sin dejar el llanto, se fué al gabinete.



Así pasó un gran rato, pensando en su mala suerte, hasta que su hermano Manolo, que estaba al balcón echando alhajas á los chicos de la portera de enfrente, le dijo:

—Mira, mira, Margarita, asómate y verás.

La niña se asomó y vió á unas muchachas que estaban jugando á hacer comiditas con un pedazo de pan y tres gajos de naranja. Al lado de ellas había un chiquitín que apenas se veía, que les pedía un poquito de pan, y ellas le contestaban:

—¡Chiquillo, tú no juegas; si quieres pan, que te lo dé tu madre!

—Mi madre no me da pan—decía el chiquitín—porque no le hay en casa; todavía no ha venido mi padre, que ha ido á ver si buscaba algo para que comamos. ¡Dadme una pizquita, que tengo mucha hambre!...

Manolo lo oye y aprieta á correr; habla con su mamá, va al comedor, de allí al cuarto de costura, y en seguida vuelve al balcón y atado á un hilo echa al chiquitín un bollo de Viena...

¡No te digo nada! ¡El chiquitín que vió el bollo! En dos minutos se comió la mitad, y la otra la besaba, la levantaba á lo alto y decía dando bríncos de alegría y mirando al balcón:

—¡Esto para luego!...

Las muchachas le miraban y decían:

—¡Anda, qué suerte tiene!

De repente todos los chicos se agolparon á la puerta de una casa por donde salían un señor vestido de negro, con un bastón con borlas, tres hombres más con cazadora y gorra y un niño llorando. Era hijo de una viuda que habitaba en la guardilla y había muerto hacía dos días, y la autoridad recogía al pobre huérfano para llevarlo al Hospicio. Todos los muchachos del barrio lloraban también, porque aquel chico, que era muy amigo suyo, se iba á un asilo por haberse quedado sin madre ni padre, y él les decía con lágrimas en los ojos:

—¡Qué suerte tenéis; no se ha muerto vuestra madre!

Se entraron del balcón los hermanos bastante tristes, y oyendo á su mamá reirse con mucha gana, fueron al cuarto del tocador á ver qué pasaba. Había venido una antigua cocinera de la casa, casada con un conductor del tranvía, y traía un niño que estaba contando, loco de gozo, que había ido al Retiro y había visto las fieras y le había comprado su madre diez céntimos de castañas.

Margarita se quedó pensativa sin saber por qué; pero su mamá, que leía sus pensamientos, la llevó al comedor y la dijo:

—Tú estás triste y llorando y diciendo que eres muy desgraciada porque esta noche no puedes ir al teatro, cosa que es bien fácil de enmendar dentro de pocos días, que estarás buena del todo; y, no obstante, toda la felicidad de este niño es poca para ti, que vas al Retiro todos los días y vas en coche; toda la suerte del chiquitín á quien dísteis el bollo es pequeña para quien, como tú, se sienta en una mesa tan bien provista como ésta, gracias á Dios; y por último, la suerte que envidiaba el huérfano, está aquí entre mis brazos...

La niña se abrazó á su madre, besándola con amor, mientras ésta decía:

—¡Válgame Dios! ¡Hablamos á la menor cosa de nuestra desgracia, sin querer pensar en que, cuando menos, tenemos la felicidad de dos ó tres seres!

L. DE CH.



ANTONIO VAN DYCK

Nació este famoso artista en Amberes el 22 de Marzo de 1599, y puede decirse que sus primeros juguetes fueron los pinceles. Era su padre pintor y su madre excelente bordadora (sobresalía también en la pintura de flores), y viendo ambos que desde muy pequeño revelaba su hijo las mejores aptitudes para el gran arte, le llevaron, así que cumplió diez años, al estudio de Enrique Van Balen. Algún tiempo después fué á continuar su educación artística con el gran Ru-

Gente Menuda

bens, el creador de la *Escuela flamenca*. La influencia de este maestro se advierte en las obras de Van Dyck, que muy pronto comenzó á distinguirse también en la pintura de retratos.



VAN DYCK

Cuéntase que un día los discípulos de Rubens lograron penetrar en el estudio reservado en que el maestro solía pintar, y que con tanta curiosidad y tan poco juicio se agolparon los jóvenes ante el cuadro del *Descendimiento*, que uno de ellos cayó sobre el lienzo y borró con su cuerpo un brazo de la Magdalena y parte del rostro de la Virgen. En aquel conflicto fué por todos designado Van Dyck para pintar lo borrado, y es fama que al enterarse después Rubens de lo ocurrido, dejó en su cuadro el trozo pintado por su discípulo predilecto.

Van Dyck, por consejo de su maestro, viajó por Italia para perfeccionar sus estudios, y llamado á Londres por el rey Carlos I, pintó en la corte inglesa la rica colección de sus notables retratos.

El suyo, cuya copia figura en nuestro grabado, fué pintado por él mismo.

Van Dyck, el más notable pintor de la escuela flamenca, después de Pedro Pablo Rubens, murió en Blackfriars, cerca de Londres, el 9 de Diciembre de 1641 y fué enterrado en la iglesia de San Pablo.

En la colección de grabados en cobre que con el título de *Cien retratos* reprodujo los que pintó en Inglaterra, trabajó también como grabador notable.

Realmente sus retratos son lo mejor de sus obras; en ellos ha reconocido la crítica una elegancia, una nobleza y una gracia de estilo y de ejecución que le han valido la fama del más distinguido y aristocrático de los pintores.



VENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN.

II

DE CÓMO EL BARON, SIN SABER LO QUE SE PESCABA, PESCO UNAS GRULLAS

Tras el horrible trance que he contado, sentí mi pobre cuerpo quebrantado, y buscando el descanso apetecido fuí á sentarme al pie de una palmera y allí, bajo su sombra placentera, lánguidamente me quedé dormido.

Soñaba con mis días más felices en que alcancé mi perdurable fama, cuando un dátil, cayendo de la rama, en la punta me dió de las narices.

Yo nunca el tiempo pierdo, y cogiendo al instante el dátil, le amarré con un bramante para guardarle así como recuerdo.

Volví á dormirme, y cuando nuevamente mis párpados se abrieron, con gran asombro viroz un caso sorprendente



de efecto extraordinario: tenía allí delante tres grullas ensartadas en bramante á manera de cuentas de rosario.

¿Cómo pude pescarlas? Por saberlo cogí otro dátil nuevo, y al ponerlo, como el primero, atado en un bramante, hallé la explicación en un instante.

Vino una grulla, se tragó en seguida la fruta, y como todo el mundo sabe la rapidez de digestión de un ave, que parece imposible, apenas fué comida

la tal fruta... volvía á estar visible. Todo me lo expliqué perfectamente: las grullas que llegaban lo iban tragando sucesivamente, y todas en la cuerda se engarzaban.

Así llegué á juntar una docena, media en cada bramante, y cuando las miraba con anhelo,

celebrando yo mismo mi donaire, mis pies se separaron de este suelo y poco á poco me encontré en el aire.

Las grullas, que volaban á su elemento, así me conducían; y al ver que se elevaban y me comprometían si sólo á su capricho me llevaban, como no hay cosa de que yo no entienda dije: «Cuestión de tienda»; y tirando y guiando, según el lado á que ellas se inclinaban, hasta cerca de casa fuí llegando.

Entonces poco á poco fuí matando á las que más volaban, achicando su vuelo, hasta que conseguí llegar al suelo.

Aún mi abuelo vivía cuando pasó esta historia, que parece soñada fantasía; aquél que dude de la historia mía... que pregunte a mi abuelo (que esté en gloria).

C. L. DE C.



BELLAS ARTES

EL MOISÉS DE MIGUEL ANGEL

En los Museos, en los jardines, en las mismas calles y plazas vemos muchísimas personas que miran una de esas notables esculturas, desconociendo hasta su nombre, y aún después de que se les dice cómo se llaman aquellas estatuas, se quedan sin saber quiénes fueron los personajes verdaderos ó fabulosos que representan, y que en el solo hecho de haber pasado á la posteridad en aquella forma, debe suponerse que tuvieron gran importancia.

A remediar este mal tienden las notas de arte que hoy inauguramos con la publicación de la escultura colosal de *Moisés*, hecha por el gran Miguel Angel Buonarotti para el sepulcro del Pontífice Julio II.

La figura del que tué á la vez profeta, legislador, poeta, historiador y caudillo del pueblo hebreo, inspiró esta magnífica obra escultórica al que fué pintor, poeta, escultor y arquitecto eminente.

Para el citado monumento sepulcral que había de colocarse en la nave principal de San Pedro del Vaticano en Roma, proyectó el gran Miguel Angel cuarenta estatuas, pero la obra no se terminó, y la parte que este gran artista había labrado forma hoy una de las caras del mausoleo de aquel Pontífice, en el crucero de la iglesia de *Santo Pietro-in-vincoli* (San Pedro Advíncula), fundada en 442 por Eudoxia, mujer de Valentiniano III, emperador de Occidente. El nombre del templo debe su origen á la conservación en su recinto de las cadenas (*vincoli*), que tuvo San Pedro en la cárcel de Jerusalén.

Dichas cadenas fueron entregadas á la emperatriz Eudoxia por su padre el Patriarca de Jerusalén, y ella

á su vez se las envió al Pontífice San León el Grande. El Moisés de Miguel Angel, por la grandiosidad, el vigor y



el arte con que está ejecutada, es una de las más famosas obras de la escultura



LA LISTA

Mercedes, durante su estancia en el colegio, y después también, llevaba con todo esmero una lista, á la que concedía excesivo valor.

Lista donde apuntaba las amigas que tenía, una especie de prólogo de la mundana «Lista de visitas»; y según se condujesen con ella sus condiscípulas, es decir, mejor ó peor á su juicio, que dicho sea de paso era juicio á medias, las colocaba en primer ó en último término.

Como Mercedes era impresionable, quisquillosa y altiva, no daba paz á la mano, barajando nombres de infelices amiguítas; y éstas, ya se sabe, subían y bajaban de un extremo á otro del papel á merced del capricho de aquélla.

Mercedes tenía cierto ascendiente sobre casi todas. Era animada, simpática; no era tonta, pero... ¡era tan linajuda como vanidosa, tan frívola como adinerada!

Tenía la monomanía de las listas. Sus compañeras, en son de broma, la llamaban *el listín*.

Hasta de sus pecados hacía lista... Y en vez de *hablar* la confesión, la *leía*, costumbre que algunas mujeres tienen

Andando el tiempo, llegó el día de cambiar el colegio por el mundo; las «mayores» salieron de aquél para entrar en éste.

Siguieron siendo amigas, visitándose; Mercedes empezó yendo á verlas alguna que otra vez; después se limitó á que fueran ellas á su casa, pero advirtiéndoles que se lo avisaran antes; y por esto, cuando «las del colegio» iban, no se encontraban nunca con «las del gran mundo», con las «elegantas». Para *las del colegio*, que eran modestas, ni afecto ni visiteo.

Estas muchachas sin doblez, formales, alegres, afectuosas é invariables, le preguntaron en una ocasión:

—¿Sigues haciendo aquellas listas...?

—Sigo.

—¿Estamos nosotras en la de las amigas?—preguntó sonriente la más avispada.

—¡Ya lo creo!—contestó con frialdad Mercedes.

—¿A que no nos la enseñas?—insistió la otra.

—¿No te basta mi palabra?

—¡No!

Mercedes entonces, enfadada, biliosa y queriendo vengarse, entregó una lista.

—Aquí están mi visitas, mis amistades—dijo secamente.

¡No había allí una sola compañera de colegio!

Las pobrecillas, ofendidas, disponíanse á salir de esa casa decididas á no volver á pisarla, cuando acertó á entrar en el gabinete la madre de Mercedes, señora dignísima, distinta de su hija, á la que cometió el error de mirar demasiado; bien le pesaba esto, pues el carácter de aquella la tenía muy disgustada.

Enteróse de lo sucedido, y con tanta bondad como entereza ordenó á Mercedes que le entregara la *lista de los pecados*...

—Nadie tiene derecho á leerla, como no sea mi confesor—dijo Mercedes muy enojada.

—No voy á leerlos; voy á agregar uno, que considero imperdonable—dijo severamente la madre.

Y en presencia de todas las jóvenes escribió:

Una grave falta: ser ingrata con las buenas amigas de la infancia.

.....
Pasaron años, y con éstos los días prósperos, que suelen ser los que más pronto pasan.

La familia de Mercedes se arruinó, y como los males no llegan solos, esta última enfermó de cuidado.

Era inútil dar orden de que no se recibía; apenas iba gente á la ya modesta casa; pero hubo lista en el portal. Lista que no quedaba en blanco, no...

Se apuntaban en ella, todos los días, las antiguas compañeras de colegio.

Mercedes se puso buena, y se curó también de hacer más listas... Llevó en el corazón el nombre de las consecuentes amigas, y no volvió á llevar el peso de la ingratitud.

Este pecado, al desaparecer, no se marchó solo; le acompañaron otros pecados: la vanidad y la altivez, que huyeron con él.

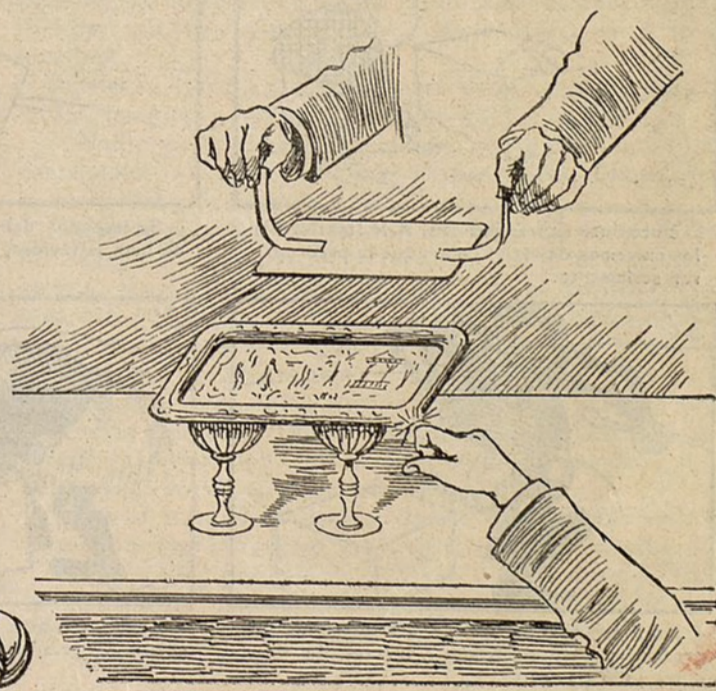
Y Dios entonces bendijo la *Lista de la adversidad*, que es la que mejor enseña al que no quiere saber lo que es bueno...

S. N. T.



FISICA RECREATIVA

UNA MÁQUINA ELECTRICA IMPROVISADA Con objetos usuales que tenemos en casa podemos improvisar una máquina eléctrica y hacerla funcionar muy sencillamente.

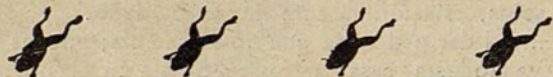


Gente Menuda

Una bandeja de hojadelata pintada, dos copas de cristal y un pedazo de papel constituyen todos los elementos que necesitamos.

Colocamos sobre una mesa dos copas ó dos vasos y sobre ellos ponemos la bandeja. Luego recortamos una hoja de papel grueso y fuerte como el de dibujo, por ejemplo, y procuramos que por su tamaño pueda aplicarse sobre la parte plana de la bandeja. En los extremos de este papel se pegan con lacre dos tiritas de papel también de manera que se pueda, cogiéndolas, levantar fácilmente la hoja cuando esté puesta de plano sobre la bandeja. Puesto que ya tenemos los elementos de nuestra máquina, veamos la manera de emplearlos para que funcione.

La hoja de papel se expone á una lumbre muy viva, la de un calorífero ó una hornilla bien encendida, y repetidas veces para lograr que el papel esté bien seco y muy caliente. En este estado y lo más rápidamente posible para que no se enfríe, se le coloca sobre una mesa de madera y se le frota fuertemente con un cepillo de ropa duro. Colóquese en seguida sobre la bandeja, y se toca después ésta con un dedo. Luego, *cogiendo el papel por las tiritas*, se quita de la bandeja. Entonces la máquina está ya cargada, y si se aproxima un dedo al borde de la bandeja se oirá y se sentirá saltar la chispa eléctrica. Puede ponerse otra vez el papel sobre la bandeja y tocar ésta con el dedo y después levantar como antes el papel, y saltará otra chispa, y así se repetirá la operación hasta descargarla por completo.



INTERESA A LOS LECTORES de GENTE MENUDA

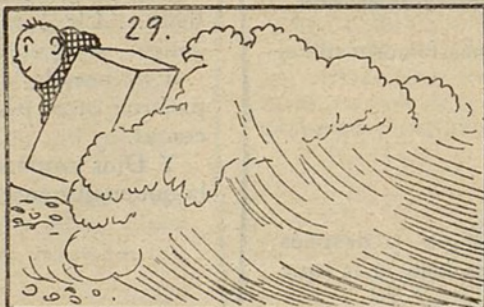
REGALOS DE JUGUETES A la convocatoria publicada en nuestro primer número, han respondido 25.318 solicitudes de juguetes. En el número del 15 daremos cuenta de las cuatro que hayan sido agraciadas por haberse acercado más, en los números remitidos, al que obtenga el premio mayor en el sorteo de la Lotería Nacional de pasado mañana 10.

CONCURSO DE BELLEZA INFANTIL Hasta el 5 del actual hemos recibido 6.827 retratos de niños para el Concurso de Belleza infantil. Con arreglo á la condición 2.^a, encomendamos á un Jurado la designación de los que habían de publicarse, y en vista de qué los retratos que á su juicio lo merecen exceden considerablemente del número que podemos incluir en nuestras páginas, se ha procedido á señalar por sorteo cincuenta fotografías, que aparecerán en nuestro número del día 15. Los retratos llevarán un número para que el público designe el que deba ser premiado, y aquéllos que le sigan en cantidad de votos, obtendrán las menciones honoríficas. La limitación del espacio nos priva del placer con que hubiéramos publicado todas las fotografías recibidas, dada la belleza de la mayor parte de los niños retratados, pues aun aquellos que menos se distinguen por la corrección de sus facciones, tiene una expresión graciosa llena de encanto.

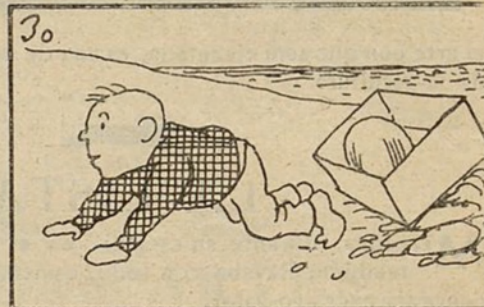
EL REGALO DE BOBI EL GRUMETE (CONTINUACIÓN)



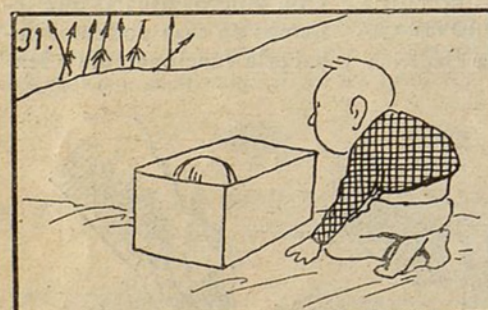
Como el reloj marchaba, vió Bobi que hacía veinticuatro horas que se hallaba á merced de las olas.



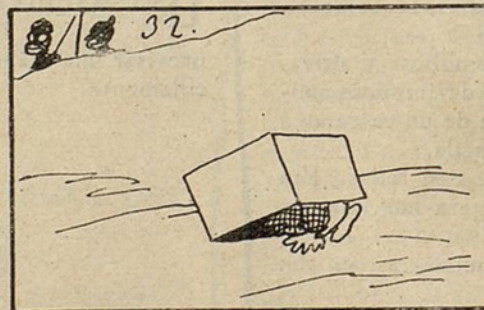
Al llegar á la costa de África, el mar le arrojó á la arena de una desierta playa.



Su vida y el reloj que á su madre destinaba se habían salvado, y Bobi, satisfecho, se puso en marcha.



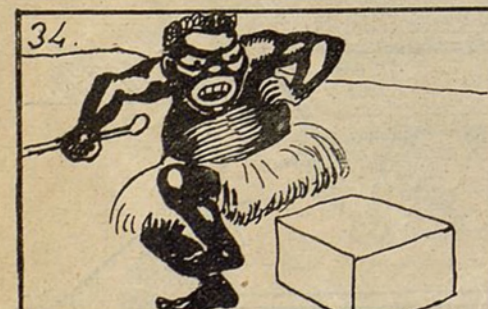
Poco duró su tranquilidad. A lo lejos divisó los extremos de varias lanzas que le preocuparon seriamente.



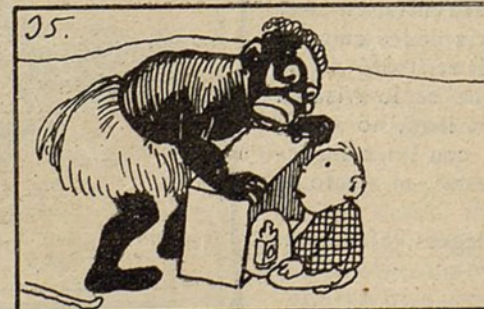
Se escondió debajo del cajón que le sirvió de bote salvavidas, conteniendo la respiración.



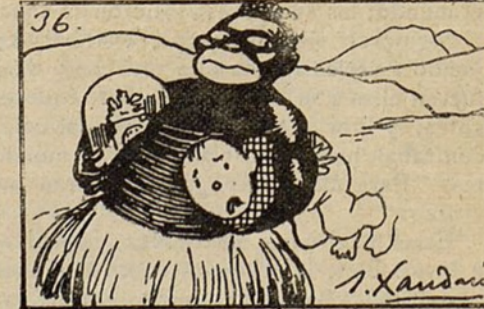
Apareció el reyezuelo Nacogo y sus altos dignatarios, y S. M. se sentó sobre el cajón.



Bobi respiró al ver que no era advertida su presencia; pero de pronto... tin, tin, tin tin el reloj dió las cuatro.



Levantó Nacogo el cajón y encontró á Bobi al lado del reloj revelador de su escondite.



Sonrió el soberano siniestramente, y cargando con el reloj y con Bobi se dirigió á su regia morad (Continuará.)